

Artículo: Entrevista a Álvaro Matute

Autor(es): Salmeron, Alicia | | Speckman Guerra, Elisa

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 55

Año: 1999

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia y Elisa Speckman Guerra. "Entrevista a Álvaro Matute" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 55 (1999): p. 38-44. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3936>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ENTREVISTAS

Entrevista a Álvaro Matute

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas

A lo largo de casi tres décadas, Álvaro Matute ha enseñado en las aulas de la Universidad Nacional. Según él mismo refiere, el salón de clase ha sido un espacio fundamental en su quehacer como historiador. Su compromiso con la trasmisión del saber histórico lo ha impulsado a la preparación de materiales de estudio y a introducir con éxito en nuestro país nuevos enfoques metodológicos. Sus antologías documentales son hoy textos obligados para todo estudiante que busque acercarse al siglo XIX mexicano; sus seminarios de historiografía son lugares de encuentro de jóvenes interesados en nuevas formas de leer nuestro pasado.

Por otro lado, como integrante desde muy joven del Instituto de Investigaciones Históricas, el doctor Matute ha desarrollado una labor paralela de investigación. Formado fundamentalmente en la Universidad Nacional —con profesores de la talla de Edmundo O’Gorman y de Juan A. Ortega y Medina— el doctor Matute tuvo también la oportunidad de realizar estancias de estudio e investigación en los Estados Unidos, Inglaterra e Italia. Desde muy temprano, sus intereses históricos siguieron dos líneas fundamentales: la historia de la historiografía y la historia de México —primero el siglo XIX y luego la revolución de 1910. Su Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico da cuenta de su pasión por la historiografía; pero su obra escrita es más amplia en el campo de la historia de la revolución mexicana, con libros como Las dificultades del nuevo Estado, La carrera del caudillo y La revolución mexicana: actores, escenarios y acciones. Además, ha editado o compilado numerosas obras que reflejan este doble interés. Durante varios años dirigió la revista Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México del propio Instituto; también fue director del Centro de Enseñanza para Extranjeros de esta casa de estudios. Su destacada carrera académica le ha valido diversos reconocimientos entre los que sobresalen su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia y su reciente nombramiento como miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional.

Deseamos iniciar esta entrevista con una pregunta que hemos formulado a otros historiadores y cuyas respuestas se han publicado en números anteriores de este boletín: ¿cuáles considera usted que son los libros fundamentales de nuestra época?

Es una pregunta difícil de contestar, no me siento con la suficiente autoridad para dictaminar sobre esta cuestión de una manera general. Creo que me sentiría más seguro si emito una opinión sólo sobre las obras que considero fundamentales en los campos en

que me he interesado. Me referiré, en primer término, a obras de filosofía y teoría de la historia. Dentro de las grandes contribuciones de las últimas décadas del siglo xx habría que destacar *Verdad y método* de Hans-Georg Gadamer, por su trascendencia y por sus propuestas en el campo de la hermenéutica. Creo que a la misma altura está *Tiempo y narración* de Paul Ricœur. Existen otros autores cuya aportación ha sido también fundamental, sólo que ésta no se condensa en una obra en particular. Quiero decir que, en su caso, no se puede hablar de un libro esencial: las ideas de estos autores se encuentran diluidas en varios textos. Éste es el caso, por ejemplo, de Michel Foucault, cuya obra en conjunto me parece muy digna de ser tomada en consideración. Desde luego que *Las palabras y las cosas* merece una especial distinción —ya sea porque fue el libro señero o por haber sido el primero que llamó la atención del público—, pero no lo considero una obra fundamental de nuestra época, en cambio, sí puedo catalogar así su producción global. En el mismo caso estaría Isaiah Berlin, cuya aportación es muy significativa, pero no puedo expresar mi preferencia por uno u otro de sus textos. Repito que no sucede lo mismo con Gadamer y con Ricœur, cuyo legado en conjunto es muy valioso; pero, además, es posible señalar un título en especial, identificar un libro como el fundamental.

Centrándome más en mi campo de trabajo, en la historia de la historiografía, hay un libro que considero fundamental. Creo que, tras veintiséis años de haberse publicado, *Metahistoria* de Hayden White ha alcanzado un rango que lo convierte —como ha dicho una estudiosa polaca, Ewa Domanska— en todo un mito. Es una obra que aporta mucho.

En cuanto a los textos de historia propiamente dichos —hasta ahora me he referido a escritos que entran más bien en el terreno de la filosofía—, creo difícil que un

libro de historia aspire a ser una obra fundamental de nuestro tiempo. Sin embargo, deseo referirme a dos trabajos que me gustan particularmente. El primero de ellos es *The making of the english working class* de E. Thompson, que considero la máxima realización de la historiografía marxista. En mi opinión este autor aventaja a Eric Hobsbawm, quien tiene grandes libros —como *Rebeldes primitivos*—, pero al que veo también como un autor cuya obra debe ser valorada en su conjunto. El segundo de los libros de historia a los que deseo referirme es *La experiencia burguesa* de Peter Gay, menos famoso que el de Thompson. Me gusta porque es en relación con Freud lo que Thompson es a Marx; lo considero como la gran obra de historia de inspiración freudiana.

Estos libros de Thompson y Gay que me parecen tan importantes tienen, además de claros referentes teóricos, referentes literarios que los enriquecen mucho. Considero que no habría Thompson sin Charles Dickens, como no habría Peter Gay sin Gustav Flaubert. En los dos se plasma una referencia literaria de fondo. En Thompson se nota la influencia de Dickens —seguramente en su juventud devoró todos sus relatos— y Peter Gay hace incluso menciones explícitas de Flaubert. Por lo general, al leer una obra centramos nuestra atención en la búsqueda del indicador teórico —en estos casos Marx o Freud—, pero olvidamos el referente literario, y aquí lo hay, y muy rico.

Bueno, para finalizar, quiero mencionar otros dos libros de historia que han llamado mucho la atención en los últimos años: *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, y *La matanza de los gatos*, de Robert Darnton. Considero que ambos son obras plenamente logradas, cada una dentro de su propia perspectiva metodológica.

A lo largo de su trayectoria como historiador usted ha trabajado temas de política durante

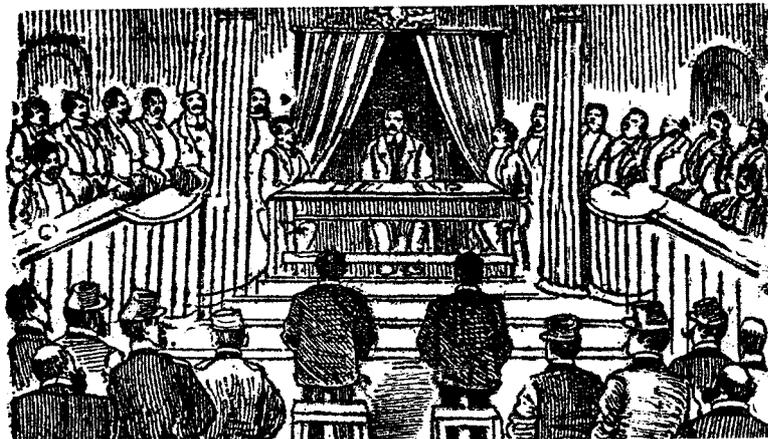
la revolución mexicana, también se ha interesado por la teoría de la historia y la historiografía, ¿no puede platicar cómo surgió su interés por estos campos?

Como una introducción de mi respuesta me gustaría mencionar —como lo he hecho ya en otras ocasiones— que mi inclinación por la historia surgió gracias al contacto con mi abuelo materno, con sus recuerdos y con su biblioteca. Desde niño tuve claro que el conocimiento del pasado era importante, que revivirlo y conocerlo tenía sentido. Supongo que entonces surgió mi vocación de historiador.

Por razones que todavía no me quedan muy claras, en un cierto momento me sedujo la idea de analizar cómo se escribe o se construye la historia... Creo que desde un inicio me interesó más esto que el conocimiento de la historia en sí o que el contenido de los textos de carácter histórico. Quizá este gusto se explique considerando que mi interés por la historia corrió parejo con el que tuve —y sigo teniendo— por la literatura y por la filosofía. Así llegué a la historiografía, que es un campo que disfruto mucho y en el que me siento muy realizado. Finalmente, el análisis historiográfico constituye un terreno fronterizo entre la historia, la literatura y la filosofía.

Esto no significa que no me interese la historia en sí. También me he dedicado a ella, en particular a la historia política de la revolución. Me atrae el estudio de la política del pasado porque creo que conocerla resulta fundamental para entender la de todos los tiempos y, por supuesto, la actual. La historia política me permite acceder al conocimiento de conductas, de mentalidades, de valores... En la historia de la revolución me he encontrado con personajes como Venustiano Carranza o Álvaro Obregón que invitan a la reflexión acerca de la ética, los valores, la condición humana...

Pero mi interés por la historia política mexicana no puede compararse con el que tengo por la historia de la historiografía y por la filosofía de la historia. De hecho, cuando me acerco a la historia política no dejo de lado mi inquietud historiográfica. Por ejemplo, al leer la obra magna de Daniel Cosío Villegas, la *Historia moderna de México*, no puedo dejar de pensar que una buena lectura de este libro permite un interesante diálogo entre la historia porfiriana y la historia del tiempo en que se escribió el libro, es una obra muy representativa de la época de su autor. Frente a mi pasión por la historiografía, la historia política me parece a veces un interés un tanto deportivo; me gusta la historia política como me gusta disfrutar de un deporte...



Como estudioso de la historiografía, nos gustaría que nos hablara un poco sobre las diferencias entre la forma en que se hacía historia antes y la forma en que se hace hoy en día en México.

Hoy en día, en México, la historia es escrita casi exclusivamente por profesionales. Nuestra disciplina ha alcanzado la plena profesionalización: casi todos los historiadores han concluido un largo ciclo de estudios, poseen un título de doctorado y trabajan en instituciones académicas. Gracias a ello se escribe una historia plena de precisión, con buenas bases. Sin embargo, es una historia que ha perdido espontaneidad. Las exigencias de las revistas con arbitraje, de circulación internacional, obligan a seguir ciertos cánones e inhiben la expresión. En mi opinión, estudiar mucho y estas exigencias para publicar van en proporción inversa a la espontaneidad. El historiador de antes carecía de una preparación formal en historia, pero era muy espontáneo. Ese historiador no profesional escribía movido por la necesidad de expresar algo vital; aunque, desde luego, se servía de referentes para resolver su narración.

Tal vez el mejor ejemplo de esto a lo que me refiero sea Bernal Díaz del Castillo y su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ésta es una historia escrita por un hombre sin preparación formal y es muy espontánea. Desde luego que Bernal Díaz tiene su referente: si Bernal no hubiera leído la obra de Francisco López de Gómara no hubiera sabido cómo escribir su historia. La historiografía mexicana nos muestra cómo, a lo largo del tiempo, todo Bernal ha tenido su Gómara. Así, los generales de la revolución que escribieron obras históricas, el que más el que menos, leyeron libros que les sirvieron como ejemplos para hacer los propios. Creo que el valor de estas historias escritas sin preparación académica radica justamente en su espontaneidad.

En fin, volviendo a las diferencias entre la historia que se escribía antes y la que se hace ahora, yo no diría que una es mejor que la otra; ambas tienen sus virtudes y sus defectos. Sólo diría que vale la pena tratar de recuperar lo que tenía de bueno la anterior. Debemos tratar de hacer un poco más de caso a nuestro yo interior, aunque lo expresemos echando mano de las herramientas metodológicas que obtuvimos a lo largo de nuestra formación.

Otra pregunta de tema historiográfico: ¿qué diferencia encuentra usted en lo que ahora se llama análisis del discurso y la forma en que antes se analizaban o se leían los textos?

Puedo sintetizar mi respuesta en dos palabras: precisión instrumental. ¿Qué quiero decir con esto? Antes se realizaba un análisis comprensivo de los textos a partir de muchos elementos, como podrían ser la vida del autor, su circunstancia, su contexto, su adscripción a una corriente de pensamiento, su visión del mundo en relación con la perspectiva que se tenía en la época, etcétera. Es decir, el análisis se centraba en el historiador, pues su objetivo era descubrir su intencionalidad.

Lo que ahora se llama análisis del discurso es distinto: apuesta fundamentalmente al análisis del lenguaje, tal y como ahora se entiende el lenguaje. Autores como Ferdinand de Saussure y Claude Lévi-Strauss han puesto de manifiesto que el lenguaje no es necesariamente producto de la intencionalidad de quien emite el discurso. Su propuesta abre múltiples posibilidades de lectura, pues permite acceder a diferentes planos: por una parte a la intencionalidad o al nivel consciente del autor en relación con su contexto; pero también a la parte inconsciente, a lo que el autor del discurso no quiso decir pero dijo —que escapa a una instancia de dominio consciente— y que pone de manifiesto toda una estructura antropoló-

gica. Así como Lévi-Strauss habla de mitos y temas, a mí me gusta hablar de ideología e ideologemas al referirme a cómo el discurso refleja los componentes ideológicos de un autor que, en ocasiones, van incluso a contrapelo de lo que él desearía expresar.

El análisis del lenguaje nos ha revelado todo un mundo de significados presentes en los textos. Esto nos exige una reescritura de la historia de la historiografía —no habíamos acabado con esta tarea y ya debemos empezarla de nuevo—, pero ahora podremos hacerlo con una mayor precisión instrumental. Podemos hacer una lectura más fina, más analítica, más profunda y, sin duda, más enriquecedora y esclarecedora del contenido de los textos históricos.

Ahora, como estudioso de la revolución mexicana, nos gustaría que nos hablara un poco sobre los mitos en la historia de este periodo: ¿cuáles son estos mitos?, ¿constituyen debates importantes en la historiografía mexicana hoy en día?

La revolución mexicana ha engendrado, efectivamente, gran cantidad de mitos y muchos de ellos siguen vivos. Es una etapa que se ha historiado bastante —en demérito del estudio de otras épocas del pasado nacional— y, sin embargo, hay mucho por hacer todavía para desvincular la revolución-mito de lo que sucedió realmente en aquellos años.

Entre los mitos sobre la revolución está, por ejemplo, el del millón de muertos. Se da por hecho que un millón de vidas fueron segadas durante la revolución. Pero los demógrafos han demostrado que la cifra no fue tan grande, más aún, que los muertos en los campos de batalla fueron menos que las víctimas de la epidemia de 1918. Ni siquiera la suma de ambos alcanza el millón de muertos. Ahí estamos frente a un mito que se mantiene a pesar de que los demógrafos han mostrado con gran precisión su falta de fundamento.

La revolución misma, considerada como fundadora y legitimadora del Estado nacional, ha representado todo un mito. La exaltación de la revolución como el origen de un nuevo Estado tuvo su clímax en la década de los sesenta de este siglo, hacia el tiempo de su cincuentenario. En aquellos años todo se le debía a la revolución, desde la poesía de López Velarde hasta la electrificación de un pequeño poblado de la república. De entonces para acá el carácter de la revolución ha sido tema de importantes debates, sobre todo en la medida en que los gobiernos posrevolucionarios han ido tomando distancia del modelo estatal de los años treinta.

En 1990 se celebró en San Luis Potosí un congreso de historiadores sobre la revolución mexicana; ahí se reafirmó el interés por profundizar en lo verdaderamente auténtico de la acción revolucionaria. En aquella ocasión escribí una ponencia que, haciendo un parangón con el título de la obra de Bernard Lewis, *La historia rescataada, recobrada, inventada*, presentaba a una revolución mexicana inventada por sus actores y convertida por ellos mismos en mito. Propuse entonces un ejercicio de deconstrucción —sin usar esta palabra todavía— para rescatar su autenticidad: era necesario, decía, desligar a la revolución mexicana de su participación en la construcción del Estado, sobre todo del lugar que por motivos ideológicos le había sido asignado por muchos de sus protagonistas. Creo que en este camino hay mucho por hacer todavía.

A lo largo de su historia, México ha adoptado experiencias externas. Algunos historiadores han visto en esta adopción el traslado, con mayor o menor éxito, de modelos extranjeros; otros han visto más bien una reelaboración de los mismos. ¿Qué influencia considera usted que han tenido los modelos externos en la historia de México?

Creo que la influencia de modelos en México es tan visible que se podría intentar escribir una historia con base en su sucesión: se adopta uno, se ensaya, se miden sus logros y fracasos, se toma otro... De hecho, mucha historia se ha escrito con esa idea. Así se ha asimilado, por ejemplo, despotismo ilustrado a reformas borbónicas... Sin embargo, esta continua adopción de modelos ha ido siempre acompañada de una reacción y ésta ha dotado de una dinámica propia al acontecer nacional.

Considero que el concepto de inercia puede ser muy útil para entender esta dinámica de la historia. Éste es un concepto que viene de la física, pero creo que tiene validez en nuestro campo. Como antipositivista militante siempre he criticado el uso de conceptos de las ciencias físico-matemáticas y biológicas en la historia, pero en esta ocasión haría una excepción: creo que existe la inercia histórica. Existe una "historia profunda" que está siempre presente, que sigue su curso por inercia, pero que reacciona cuando se le intenta imponer un modelo que le resulta contrario. Si a esa "historia profunda" se le inyectara más de lo mismo tal vez terminaría por paralizarse. La adopción, muchas veces fallida, de modelos fabricados en otras latitudes modifica esa inercia y entonces la historia camina. Si la historia avanza es gracias a ese juego, a esa ida y vuelta entre realidad-modelo y modelo-realidad.

Retomando el ejemplo de las reformas borbónicas, es posible afirmar que, de alguna manera, la independencia fue el resultado de esas medidas: fue una reacción en contra de reformas introducidas por la corona española y que buscaban transformar la realidad existente. También podemos ejemplificar esta idea recurriendo a la célebre y feliz frase con la que John Womack inicia su obra *Zapata y la revolución mexicana*: "Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución." Hay quienes están en desacuerdo con esta idea, piensan que el movimiento zapatista tenía desde sus inicios una clara intención de cambio. Para mí, la frase de Womack es muy sabia: la entiendo como una referencia a esa inercia histórica de la que hablaba y que es propia de una vida secular de comunidad, de costumbres... y, claro, el proyecto modernizador porfiriano provoca una reacción de parte de aquellos que querían seguir conservando su forma de vida.

Finalmente, el modelo es como un producto químico de laboratorio que, aplicado a una realidad, provoca una reacción. El referente tiene un efecto sobre la realidad e indudablemente funciona, aunque la sociedad no llegue a comportarse plenamente como marcaba el modelo. El modelo puede fracasar como tal, pero modifica la realidad y le imprime una dinámica a la historia. Sin esas reacciones tal vez nos quedaríamos estáticos para siempre... estaríamos todavía en la Edad Media.



Para concluir esta entrevista, queremos pedirle que nos hable un poco sobre su experiencia como maestro y sobre su oficio de historiador.

A lo largo de los treinta y tantos años que tengo en la práctica como historiador he tratado de fundir, en lo posible, la docencia con la investigación. Creo que ambas actividades deben ir juntas porque se estimulan mutuamente. Mi buen amigo el doctor Ruy Pérez Tamayo dice que el profesor que nada más es docente sólo repite lo que crean los investigadores. No estoy del todo de acuerdo; ésa es una aseveración muy tajante. Preguntas que se plantean en la práctica docente se convierten, o yo las he convertido, en tareas para la investigación: muchas veces uno se lanza a la investigación a partir de los cuestionamientos que surgen precisamente en el salón de clases.

Impartir cursos implica investigar: una clase no se debe dar sólo por cubrir un temario, antes tiene uno que preguntarse por qué ese tema está en el temario. Y, de alguna manera, esa primera pregunta obliga a la búsqueda y a la reflexión. Preparar una clase siempre obliga a investigar. Desde luego, cuando uno se inicia como docente parte de los modelos de sus maestros, pero poco a poco los va modificando. A lo largo de los años los cursos se convierten en comunicación de resultados de una investigación personal que, no pocas veces, tuvo como origen el propio salón de clases.

Desde luego que hay que distinguir entre dos planos importantes en la enseñanza. Por un lado están los cursos más generales, que obligan a recorrer épocas muy largas y a pasar rápidamente por diferentes momentos históricos. Por otro lado, están los cursos que permiten una mayor comunicación entre el profesor y el alumno, en especial los seminarios, en donde se analizan textos a profundidad. Estos últimos se pueden relacionar de manera más directa con la investigación personal. El salón de clases se convierte de esta

manera en un primer laboratorio donde se combinan lecturas y ocurrencias, se obliga a un trabajo de investigación más profundo y se ensayan respuestas posibles. Esas respuestas pueden luego traducirse en un artículo o en parte de un libro.

En lo que se refiere a mi forma de trabajar como investigador, a mi oficio de historiador, difícilmente me podría presentar como el producto de un manual típico de metodología. Soy una persona terriblemente desordenada para investigar y escribir, aunque parece que no doy esa impresión. Creo que lo importante es sentarse a trabajar, pero sin ponerle condiciones al trabajo. Por ejemplo, nunca espero a tener el fichero lleno al lado para sentarme a redactar. Voy haciendo de todo un poco: comienzo a escribir, confío en mi memoria, en apuntes hechos en donde sea, desde luego en las fichas, en el fichero... Soy un poco como postulaba un filósofo de la ciencia, Paul Feyerabend, partidario de "la anarquía metodológica".

Me encanta esta idea de la anarquía metodológica, pero hay que ser un anarquista riguroso, un anarquista ordenado, valga la paradoja. Creo que la investigación es como meterse a una lancha y dejar que la corriente lo jale a uno y lo regrese a veces, pero sin ir al garete, sabiendo el puerto de destino; puede uno bajarse incluso de la lancha y nadar un poco, para luego volver a ella, lo importante es no perder de vista la meta. Por eso, lo primero para mí es meter bien en mi cabeza lo que quiero hacer: ésa es mi regla de oro. Luego le doy vueltas al problema todo el tiempo, en todos lados. Después me siento frente a la computadora, rodeado de todo lo que necesito para adentrarme en el tema.

Así trabajo, así escribo, y combino este trabajo con mis clases. Repito, no divorcio investigación de docencia, para mí son dos prácticas unidas: con destinatarios inmediatos la docencia, con destinatarios anónimos los productos de la investigación. Pero ambas actividades responden a la misma inquietud, al mismo interés. □